

del mundo; defiende en todas ocasiones aquellos piadosos y devotos ejercicios de que suelen hacer insulsa chacota los relajados y los disolutos. Haz mucha estimacion de todos; y practica los que se proporcionaren á tu estado; defiéndelos con prudencia, persuadido á que no son los menos respetables los mas sencillos; y sobre todo, los que se dirigen á rendir á la santísima Virgen el culto que se la debe.

## DIA IX.

## MARTIROLOGIO.

LA VIGILIA DE SAN LORENZO, mártir.

SAN ROMAN, soldado, en Roma; el cual movido de la fortaleza con que S. Lorenzo confesó á Jesucristo, le pidió el bautismo. Siendo denunciado, despues de azotado con varillas fué degollado. (*Véase su historia hoy.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES SECUNDIANO, MARCELIANO Y VERIANO, en Toscana; los cuales en tiempo de Decio, por decreto del presidente Promoto, primero fueron azotados, despues colgados en el potro, despedazados con uñas de hierro, quemados los costados, y ultimamente degollados merecieron la palma del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES FIRMO Y RÚSTICO, en tiempo del emperador Maximiano, en Verona.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES, en Africa, que en la persecucion de Valeriano, exhortados y animados por SAN NUMIDICO, habiendo sido arrojados á las llamas, consiguieron la palma del martirio. Numidico aunque con los demás fué arrojado á la hoguera y cubierto con piedras, lo sacó medio vivo una hija suya y lo curó, mereciendo despues por su virtud que S. Cipriano le eligiese presbítero de la iglesia de Cartago.

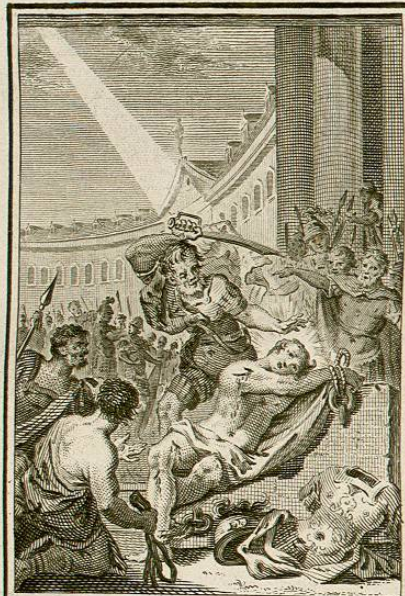
LOS SANTOS MÁRTIRES JULIANO, MARCIANO Y OTROS OCHO, en Constantinopla; los cuales por haber puesto la imágen del Salvador sobre la puerta de bronce, por mandato del impio emperador Leon, despues de muchos tormentos fueron degollados.

SAN DOMICIANO, obispo y confesor, en Chalons en Francia.

## SAN ROMAN, SOLDADO Y MÁRTIR.

EL mismo dia en que la Iglesia celebra la vigilia de S. Lorenzo, hace conmemoracion de S. Roman, á quien convirtió el ilustre diacono en medio de sus tormentos, y recibió la corona del martirio antes que fuese coronado el mismo S. Lorenzo.

Era Roman soldado de la guardia del emperador Valeriano, y precisado como tal á hallarse presente á los interrogatorios y su-



S. ROMAN, SOLDADO Y M.



plicios de los cristianos. Preso S. Lorenzo por orden del emperador, se encargó su custodia á Hipólito y á Roman; éste, que era hombre muy capaz, se vió en precision por su empleo de ser testigo de todo lo que pasó en el martirio del santo diácono. Examinado Lorenzo por Cornelio, prefecto de Roma, acerca de su religion y de los tesoros de la Iglesia que tenia á su cargo, dió razon de su fe y de su administracion con tanta discrecion y con tanta elocuencia, que todos los circunstantes quedaron admirados. Estaba Roman al lado de nuestro Santo; y comprendiendo mejor que otros la verdad y la fuerza de sus razones, todo lo observaba, y al mismo tiempo hacia aquellas reflexiones, que naturalmente nacia de las respuestas y de los discursos del valeroso Levita. Mientras tanto, queriendo el cielo convertir á aquel soldado gentil en un generoso campeon de la fe de Jesucristo, iba la gracia moviendo su corazon y alumbrando su entendimiento, hasta que finalmente concluyó, que una prudencia tan superior como la que resplandecia en todas sus palabras, y una constancia tan heroica como la que manifestaba en medio de los mas horribles tormentos, eran sobre todas las fuerzas naturales, y que sin una virtud divina, á que no podia alcanzar toda la naturaleza, no era posible hablar y padecer con aquella grandeza de alma, que llenaba de admiracion aun á los idólatras mas obstinados.

Mientras Roman estaba haciendo tan prudentes como sólidas reflexiones, y discurría con tanto acierto sobre los objetos que se le presentaban, quiso el Señor descubrirle sensiblemente, por medio de una singular maravilla, el particular cuidado que tenia de los que padecian por la gloria de su nombre, y la bondad con que los endulzaba los mas crueles dolores en medio de los mas horribles tormentos.

Acababan de estender á S. Lorenzo en el potro, que era una especie de banco ó de tablas colocadas sobre cuatro pies de madera adonde se amarraban las cuerdas que tenian suspensos en el aire á los delincuentes. En aquella postura despedazaban al Santo los verdugos con crueles azotes, valiéndose de unas como correas ó ramales de hierro, tan desapiadadamente, que los circunstantes se llenaban de horror; sin que los ojos de Lorenzo destilasen ni una sola lágrima, ni de su pecho saliese un leve suspiro. Horrorizábase Roman de aquella inhumanidad; pero le asombraba mucho mas la serenidad y la constancia del paciente, no pudiendo comprender como un hombre de carne y hueso podia tolerar aquel espantoso suplicio, no solo sin exhalar una queja, sino con visible alegría; cuando de repente vió un ángel, en figura de un hermosísimo jóven, que con un pañuelo en la mano



enjugaba el sudor del santo mártir y la sangre que corría de sus heridas.

Creciendo su admiración á vista de tan maravilloso espectáculo, apenas podía dar crédito á sus ojos; y desconfiado de lo mismo que veía, preguntaba á los que estaban cerca de él, si no advertían un joven no conocido, que secaba el sudor y la sangre de aquel cristiano; pero desengañado de que ninguno le veía sino él, quedó mas asombrado; y concurriendo con el asombro la gracia del Señor, que cada instante era mas eficaz y mas sensible, depuesta ya toda duda sobre el partido que debía tomar, resolvió hacerse cristiano. Acercóse al Santo, declaróle lo que veía, y lo que habia resuelto, y con las lágrimas en los ojos le suplicó que no le abandonase. Llenó á Lorenzo de indecible gozo aquella victoria de Jesucristo y aquella insigne maravilla de la gracia; dióle mil parabienes, exhortóle y alentóle con breves palabras lo mejor que pudo; pero toda la dificultad era bautizar al fervoroso neófito, porque ni habia agua, ni aun cuando la hubiese, parecia posible administrarle este sacramento en presencia de tantos gentiles, furiosamente encendidos contra los cristianos, fuera de que el santo mártir estaba tendido en el potro, fuertemente ligado de pies y manos, sin apariencia de que le desatasen hasta haber espirado en aquel suplicio. Inquietaba mucho á nuestro Santo esta dificultad en aquellas circunstancias. Por una parte era grande el deseo de verse reengendrado en el agua del bautismo; por otra el temor de que Lorenzo exhalase en el potro el último aliento, la incertidumbre de hallar otro á quien pudiese recurrir con igual confianza, y sobre todo, el ansia de verse cuanto antes contado en el número de los fieles, le tenia impaciente y sobresaltado. Observaban que de cuando en cuando levantaba los ojos al cielo, se acercaba al santo mártir, le hablaba al oído y que andaba inquieto como un hombre que medita un gran designio; cuando la divina Providencia, que vela amorosamente sobre sus escogidos, desató el lance, y le libró felizmente de aquel desasosiego.

Noticioso el emperador de la constancia de S. Lorenzo y de la tranquilidad y aun alegría con que perseveraba en los suplicios, no quiso que se burlase de él. Mandó, pues, que le desatasen y que le volviesen á la cárcel, reservándole para mas horribles tormentos. No se puede esplicar el gozo de Roman al oír esta orden. Afectándose el ministro mas zeloso en obedecer al emperador, retiró á todos los demás, queriendo encargarse él solo de la ejecucion, y ofreciéndose á llevar al santo mártir al calabozo. Abrasado entonces en fervorosas ansias de hacerse cris-

tiano, echó mano de una ampolla llena de agua, y encerrándose con el Santo, le suplicó no le dilatase un punto su dicha, disfrándole el bautismo. Preguntóle S. Lorenzo, si tenia bien considerado el peligro á que se esponia, y si se sentia con valor de confesar á Jesucristo en medio de los mayores tormentos; á que respondió con tanta resolución y con tan generoso esfuerzo, que el Santo reconoció en el nuevo soldado de Cristo los milagrosos efectos de la gracia. Hallándole, pues, suficientemente instruido, y mucho mejor dispuesto, le bautizó; y abrazándole tiernamente, le exhortó á que se dispusiese para recibir la corona del martirio.

Verificóse muy presto la profecía, porque el nuevo cristiano no pudo disimular su gozo, ni esconder el beneficio que acababa de recibir de la mano de Dios. Fácilmente conocieron todos la conversion de Roman; pues sus palabras, sus modales y todas sus acciones publicaban la religion que profesaba. Informado el emperador de esta novedad, reventaba de cólera, y no se pudo contener de mostrar en público su encono y su rabia, al ver que los mas horribles tormentos no solo no eran bastantes á alterar la constancia de los cristianos, sino que servian tambien para que los mismos gentiles abrazasen la fe de Jesucristo. Con todo eso, se quiso instruir por sí mismo de la verdad, y ordenó que Roman fuese presentado ante su tribunal con resolución de hacer en él un espantoso escarmiento. Apenas entró en la sala nuestro Santo cuando sin esperar á que le preguntasen palabra, comenzó á gritar con todas sus fuerzas: *Soy cristiano, soy cristiano, y tengo á gran gloria el serlo.*

Entró en furor Valeriano al oír aquella confesion tan valerosa como voluntaria, y mandó que despues de despedazarle á azotes, le cortasen la cabeza. Al punto se ejecutó la sentencia; fué Roman ignominiosamente degradado de los honores de soldado romano, y le despedazaron á azotes como á un vil esclavo.

Rebosaba de gozo y de contento entre aquella espesa lluvia de desapiadados golpes, y no cesaba de clamar: *Soy cristiano, soy cristiano; y es gran dicha mia dar la sangre por la gloria de mi divino Salvador, que antes dió su vida por mi salvacion.* Despues de haberle despedazado el cuerpo; hasta descubrirle los huesos, le cortaron la cabeza el dia 9 de agosto del año de 258, en que el generoso soldado de Jesucristo tuvo la dicha de merecer la corona del martirio. Su cuerpo, que secretamente hurtó un santo presbítero, llamado Justino, fué enterrado en una cueva del campo Verano; y en muchas ciudades de Italia y de Francia es singularmente venerado este gran Santo. Reconócele por su patron, y conserva uno de sus huesos, la ciudad de la



Ferte Gaucher en Brié; y la de Luca se gloria de poseer lo restante de sus reliquias.

*La misa es de la vigilia de S. Lorenzo; haciéndose conmemoración de S. Roman, y la oracion la siguiente:*

Concedenos, ó Dios omnipotente, que por la intercesion de tu bienaventurado mártir san Roman seamos libres de todas las adversidades del cuerpo, y seamos igualmente purificados de los malos pensamientos del alma. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epistola es del cap. 10 de la Sabiduria.*

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos; enriquecióle en sus trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor, y conociese que la sabiduria es

mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fué vendido; sino le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

#### REFLEXIONES.

*Concedióle la ciencia de los santos.* La ciencia de los santos es la ciencia de la salvacion; carecer de esta ciencia, es lo mismo que andar descarrado, descaminarse y perderse. Posea uno con la mayor perfeccion las noticias mas sublimes; goce de un ingenio superior y milagroso; sea dueño de todas las ciencias; nada se escape, nada se oculte á su elevada comprension; ¿de qué servirán por toda la eternidad á los ingenios del tiempo todas esas luces y todos esos descubrimientos, si ignoraron la ciencia de la salvacion? El mas mínimo de los ángeles que se rebelaron, sabia mas que todos los sabios y que todos los doctores juntos. ¿Pero es por eso mejor su desgraciada condicion? ¿son por eso menos despreciables y menos infelices? Tenian todas las luces; penetraban á la naturaleza todos sus secretos; nada se escondia á su

comprension; pero ignoraron la ciencia de la salvacion, y esta sola ignorancia los hará por toda la eternidad triste objeto de la ira de Dios, y por lo mismo las mas desdichadas de todas las criaturas. ¿Habrá algun ignorante, algun idiota, el de entendimiento mas grosero, mas rústico y mas craso, que si se salvó quiera trocar su suerte por la suya? Y valga la verdad; ¿qué concepto hacemos hoy de aquellos grandes ingenios que fueron la admiracion de su siglo, y lo son tambien del nuestro? ¿se les tiene mucha envidia si se condenaron? ¿Cosa estraña! toda la vida se pasa en hacerse un hombre sabio, y al cabo toda nuestra ciencia es bien poquita cosa. Habiendo consumido el ingenio los espíritus y la salud para ir un poco mas allá del comun de los hombres, todo lo que se sabe es opinion, mezclada con mucha oscuridad y con no poca ignorancia. ¿Sábase todavía á punto fijo y con certeza, como se forma una flor ó una hoja, ni qué cosa es el fuego y el agua, despues de haber estudiado tanto? Un gran fondo de sabiduria y de doctrina no pocas veces carga mas al entendimiento que le alumbra. Lo que se aprende en los libros antiguos y modernos, en rigor mas es ciencia de memoria, que de entendimiento ni de discurso; y aun se puede decir, que parte de la verdadera sabiduria es ignorar lo que es inútil saber. Hablando con propiedad, solamente la ciencia de los santos es digna de un hombre sabio. El que sabe ser santo, sabe mas que todos los grandes ingenios que se perdieron. A ninguno le falta habilidad para ser eminente en esta ciencia; la mas simple criada, el esclavo mas vil, el hombre mas incapaz, se pueden distinguir en esta importante facultad. ¡Mi Dios, y cuanto confundes esta verdad á todos aquellos mundanos que hacen tanta vanidad de brillar y de sobresalir en los corrillos! Ignoremos, si fuere menester, todo lo demás, con tal que sepamos la ciencia de la salvacion.

*El Evangelio es del cap. 10 de S. Mateo.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Nada hay escondido, que no venga á descubrirse, ni oculto, que no llegue á saberse. Lo que os digo á oscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oído, predicadlo desde los tejados. No temáis á los que matan el cuerpo

viii.

13\*



todos los cabellos de la cabeza. me confesare delante de los  
No temais, pues: mucho mas hombres, le confesare yo tam-  
valeis vosotros que muchos pa- bien delante de mi Padre, que  
jaros. Cualquiera, pues, que está en los cielos.

### MEDITACION.

#### *Del Infierno.*

**PUNTO PRIMERO.** — Considera (lo que ya se ha considerado otras veces, y se debiera estar considerando todos los dias de la vida) que hay infierno; esto es, un lugar en que todo el poder de Dios junta los tormentos para castigar, para hacer padecer á los que mueren en su desgracia; y para hacerlos padecer eternamente.

La justicia de todo un Dios irritado enciende un fuego de un ardor, de una vivacidad incomprendible, que no solo abrasa los cuerpos, sino que, digámoslo así, derrite los espíritus. Un condenado está hundido, sepultado, anegado, inmóvil en aquel fuego; y penetrado de aquel fuego, no respira, ni puede respirar mas que el fuego que le abrasa. En cada instante experimenta nuevo dolor, nuevo tormento; y por un prodigio espantoso de rigor, que es efecto de todo el poder divino, un condenado sufre todos los tormentos juntos en cada uno de los instantes.

Pero por espantosas, por incomprendibles que sean todas estas penas, se puede decir que son muy poca cosa en comparacion de aquellos crueles remordimientos, de aquella eterna desesperacion que causa á un condenado la memoria del tiempo pasado, de lo mal que se aprovechó de este tiempo, y de tantas gracias, tantos auxilios como recibió en él.

La falsa brillantez de los honores, de que se dejó deslumbrar; la inanidad, el vacío de los bienes temporales, que le ocuparon el alma; la engañosa apariencia de los deleites que tanto le encantaron; la vanidad de los objetos que le apartaron de Dios; la insustancialidad de los respetos humanos de que se dejó arrastrar; y la nada de todas las grandezas humanas son otras tantas furias que martirizan, que despedazan el corazón de un infeliz condenado.

¡Qué por gozar un momento de aquellos amarguissimos deleites, por satisfacer mi orgullo, por contentar mi vanidad, por dar gusto á mi pasion me he precipitado en estos hornos eternos! Fantasmones de grandeza, fortuna quimérica, vanisimas ideas

de felicidad, mil veces os detesté, y nunca dejé de seguiros; apacentéme de vuestras locas esperanzas; y véisme aquí que estoy para siempre condenado. Pude salvarme; ¡y cuánto me solicitó Dios para eso! Nunca me faltó la gracia, pero no quise corresponder á ella. Pensé muchas veces en el infierno, creia todo lo que ahora veo, todo lo que ahora experimento; me estremecia de indignacion y de horror cuando consideraba los muchos que se condenaban; y sin embargo, yo soy uno de estos condenados.

A estos mortales remordimientos, á estas penas inimaginables, añade el conocimiento de un Dios soberanamente irritado, de un Salvador convertido en enemigo irreconciliable, de un Dios perdido sin remedio, y perdido por un pecado. Era menester poder comprender qué cosa es Dios, para poder concebir qué cosa es perderle, y perderle sin esperanza de volverle á hallar jamás. Esta sola pérdida es mayor suplicio que todos los tormentos. Considera, si es posible, qué dolor es haber perdido á Dios, y haberle perdido para siempre.

¡Ah Señor! piérdalo yo todo desde este mismo instante; bienes, dignidades, salud, honra y la misma vida, antes que os pierda á vos. Mil veces he merecido el infierno; pero válgame vuestra misericordia infinita: en ella coloco toda mi esperanza. No permitais que me condene, dulcísimo Jesus mio.

**PUNTO SEGUNDO.** — Considera que las penas del infierno no solamente son universales, excesivas, incomprendibles, sino que tambien son eternas; es decir, que por mas espantosas, por mas intolerables que sean las penas que allí se padecen, no hay esperanza ni de recibir jamás el menor alivio, ni de que se acaben jamás.

¡Qué dolor, qué desesperacion, qué rabia para una alma condenada, cuando en aquel abismo de la eternidad, despues de haberse estado abrasando millones de millones de años, vuelva los ojos á esta pequenísima porcion, á esta imperceptible parte de tiempo que vivió, y apenas le divise al cabo de aquel prodigioso número de siglos como habrán pasado despues de su muerte! Conocerá vivamente que por no haberse querido hacer un poco de violencia, durante un casi imperceptible espacio de tiempo, arde, se abrasa, sufre de una vez todos los tormentos; y despues de tantos millones de siglos como los está padeciendo, no por eso puede decir que le resta un instante menos que padecer.

Arder en el infierno tantos años, tantos siglos como instantes se han vivido, es una duracion que causa espanto. ¡Qué será



arder tantos millones de siglos como gotas de agua hay en los rios y en el mar! Pues un condenado habrá padecido en aquellas prisiones de fuego toda esta incomprendible estension de tiempo; y no habrá pasado ni medio cuarto de hora, ni un instante de la eternidad. Los hijos de tus hijos estarán enterrados; habrá arruinado el tiempo las casas que fabricaste; habrá destruido la ciudad en que naciste; habrá trastornado los estados donde te criaste; el fin de los siglos habrá sepultado en sus mismas cenizas á todo el universo; habránse pasado tambien despues del fin del mundo tantos millones de siglos, como duró momentos el mismo mundo; y ni un solo instante habrá pasado de aquella espantosa eternidad. Si te condenaste, te resta tanto que sufrir como en el primer momento que caiste en aquellas abrasadoras llamas.

¡O eternidad espantosa! ¡ó incomprendible eternidad! ¿quién puede creerte, y vivir en pecado ni un instante? ¿quién puede creerte, y dilatar ni un momento su conversion?

Supongamos que un pecador está condenado á arder en el infierno hasta que una hormiga traslade al mar toda la tierra que hay en la orilla, viniendo una sola vez de mil en mil años, y conduciendo cada vez un solo grano. ¡Santo Dios! desde que Cain está en el infierno, no hubiera llevado mas que seis ó siete granos este animalillo. ¿Y qué seria si aquel infeliz hubiese de padecer hasta que esta hormiga trasportase no solo toda la arena del mar, sino toda la tierra del mundo, hasta que hubiese desgastado todas las peñas, todas las rocas, todas las montañas de la tierra, no pasando por ellas mas que una vez cada mil años? El juicio se pierde, y la imaginacion se confunde en este abismo de tiempo. Pues al cabo, tiempo habia de llegar, en que si te hubieras condenado, podrias decir con verdad: despues de mi muerte, desde que estoy rabiando en este fuego, aquella hormiga hubiera trasportado ya toda la arena y toda la tierra del universo; hubiera ya desgastado todas las montañas, todas las rocas; hubiera ya cavado y penetrado hasta el centro del mismo mundo. Toda esta prodigiosa duracion de tiempo se ha pasado en estos terribles tormentos; y todavía me queda que sufrir una eternidad toda entera. Hay infierno, hay una desdichada eternidad en este infierno; hay cristianos que lo creen; ¡y hay cristianos que pecan! Ves aquí una cosa tan incomprendible como la misma eternidad.

¿Y qué, Señor, no me habreis dado tiempo para pensar en las penas eternas del infierno, sino para aumentar por pura malicia mia el rabioso dolor que tendré de haberme condenado des-

pues de haber pensado en estas eternas penas? ¡Qué furor! ¡qué desesperacion será algun tiempo la mia, si despues de haber hecho esta meditacion no mudo de vida, si no me aplico á trabajar con el auxilio de vuestra divina gracia en el negocio de mi salvacion! Desprended, Padre Eterno, desprended hacia este miserable pecador un rayo piadoso de vuestros divinos ojos; mirad que todavía estoy teñido con la sangre de mi Señor Jesucristo, y en virtud de esta sangre os pido misericordia, os pido me hagais la gracia de que os ame por todo el tiempo de mi vida y durante toda la eternidad.

JACULATORIAS. — ¡Ah Señor! ¿quién podrá habitar en medio del fuego devorador? ¿quién podrá vivir entre las llamas eternas? (*Isai. 33.*)

Señor, aquí abrasa, aquí corta, aquí no me perdones, para que allá me perdones. (*Aug.*)

#### PROPOSITOS.

1. Baja muchas veces al infierno con la consideracion, dice S. Bernardo, mientras vives, si no quieres bajar á él en cuerpo y alma despues de muerto. Cuando se teme un gran mal, se piensa en él frecuentemente; y con este pensamiento se discurren medios, y se toman todas las medidas para evitarle. *No pierdas de vista el infierno*, dice el Sabio, si no quieres tomar el camino de él. Es de suma importancia aprovecharnos de todos los trabajos de esta vida, de todo lo que en ella nos aflige, para traer á la memoria las penas del infierno; y aun se puede decir que la memoria de estas penas alivia aquellos trabajos. ¿Padeces dolores agudos y vivos? acuérdate de los que padecen los condenados en el infierno. Habitamos en casas; estamos avecindados en lugares, ocupamos empleos que ocuparon muchos de los que ahora están ardiendo en aquellas llamas. Nunca nos hallaremos en concursos, en banquetes, ni en diversiones, en que no se pueda temer que algunos de los que se divierten con nosotros serán quizá condenados. No hay accidente enfadoso, ni tampoco gusto de esta vida, que no sea muy á propósito para acordarnos los tormentos de la otra; ni hay remedio mas eficaz para templar y aun para extinguir la pasion de divertirnos, que esta saludable memoria. ¿Despierta la concupiscencia? ¿escítanse los estímulos de la carne? ¿amotinanse las pasiones? pues imagina que oyes la voz de aquel desdichado rico, que grita desde lo mas profundo del abismo: *Crucior in hac flamma*; abra-



some cruelmente en medio de este fuego. Lleva en tu pensamiento esta imágen, y en tus oídos esta triste voz á todos tus pasatiempos; y á buen seguro que bien presto perderán todo su gusto y todo aquel falso picante que irrita la sed de tu apetito. Hallándose en una ocasión extraordinariamente tentado un santo solitario, le ocurrió aplicar la punta del dedo á la llama de una vela; y obligándole á retirarla al punto el vivo dolor que sintió, exclamó volviéndose al tentador: Tú me solicitas y me estrechas para que me entregue á un deleite prohibido, por el cual merezco ser condenado á las eternas llamas del infierno; ¿pero cómo las sufriré yo, que no puedo tolerar ni por un breve instante en la punta de un dedo este fuego usual que nos alumbró? Sería muy deseable que muchos se sirviesen de semejantes industrias en muchas ocasiones; y de verdad que no se rendirían tantas veces á la tentación.

2 No hay pérdida irreparable sino la pérdida del alma. Trastorno de negocios, reveses de fortuna, pérdida de pleitos, naufragios, infortunios y todas las que se llaman desgracias, por sensibles que sean, hablando en propiedad, todas admiten remedio; pero si una vez me condeno, ¿quién me consolará? ¿qué alivio me resta? ¿qué esperanza? Todo se perdió para mí, si pierdo á Dios. Fomenta este pensamiento tu devoción, y con ella el horror que debes tener á todo pecado. En tus pérdidas, en tus desgracias, en esos importunos sobresaltos y contratiempos, que son inseparables de esta vida, dite á tí mismo sin cesar: no hay otro mal que el pecado; nada se debe temer sino perder á Dios. Los amigos, el tiempo y la misma muerte me pueden consolar en la pérdida de los bienes, de la salud, de los empleos, etc. Pero perder á Dios, y perderle para siempre, ¿ó qué pérdida! Así en los gustos, como en los disgustos de la vida, hazte familiares estas bellas palabras: *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?* ¿De qué le sirve al hombre ser dueño de todo el universo, ser el mas poderoso monarca de la tierra, si al cabo se pierde y se condena? ¿de qué le sirve ahora á aquel grande del mundo que se condenó, á aquel desdichado rico, de qué le sirve la magnificencia, la abundancia, el esplendor en que vivieron, ni todos los pasatiempos, gustos y deleites que gozaron? ¿de qué le sirve á aquella mujer mundana que está ardiendo en el infierno, el haber sobresalido, el haber brillado tanto en todas las concurrencias? ¿de qué sirven los grandes nombres, los soberbios palacios, todo el aparato de modas, de galas y profanidad? ¿de qué sirve todo esto á quien se condenó? ¿Consolará



mucho á aquella infeliz madre, á aquel desdichado padre, que se perdieron; los consolará mucho el haber dejado poderosos á sus hijos, mientras ellos están ardiendo por toda la eternidad en aquel abismo de fuego? Familiarizate con estas reflexiones, pues hay pocos ejercicios de piedad mas saludables. Ten en tu gabinete, ó en tu cuarto, alguna imágen ú objeto que continuamente te acuerde la memoria de la muerte y del infierno.

## DIA X.

## MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN LORENZO, archidiacono, en Roma en la via Tiburtina; el cual en la persecucion de Valeriano despues de haber padecido muchos tormentos, cárcel, diversos azotes con escorpiones, varas y cordeles emplomados, planchas de hierro hechas ascua, por último fué asado vivo en unas parrillas, donde consumó el martirio. A su cuerpo dieron sepultura los santos Hipólito y Justino, presbíteros, en el cementerio de Ciriaco en el campo Verano. (*Véase su vida hoy.*)

EL MARTIRIO DE CIENTO SESENTA Y CINCO SOLDADOS MÁRTIRES, tambien en Roma, en tiempo del emperador Aureliano.

SANTA ASTERIA, virgen y mártir, en Bérgamo; padeció durante la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano. (Era hermana de Sta. Grata: las dos hermanas dieron sepultura al cuerpo del mártir S. Alejandro, y Asteria le dió tambien al de Sta. Grata.)

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS MÁRTIRES, en Alejandria, los cuales en la persecucion de Valeriano por decreto del presidente Emiliano fueron atormentados por mucho tiempo con varios y muy crueles tormentos, y alcanzaron la corona del martirio con diversos géneros de muerte.

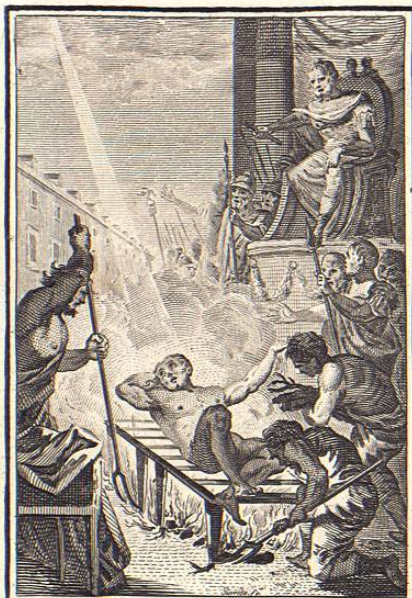
LAS SANTAS VÍRGENES Y MÁRTIRES BASA, PAULA Y AGATÓNICA, en Cartago (imperando Diocleciano y bajo el presidente Daciano.)

SAN DEUSDEDIT ó DIOSDADO, confesor, en Roma; el cual distribuía cada sábado á los pobres lo que ganaba en toda la semana con el trabajo de sus manos. (No obstante de ser un pobre trabajador, santificó todas sus acciones con la oracion continua y la penitencia.)

LA APARICION DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA llamada de la Merced, en España; bajo cuyo titulo se instituyó el órden de la Redencion de Cautivos. (*Véase su historia el dia 24 de setiembre.*)

## SAN LORENZO, MÁRTIR.

Si España se gloria de haber dado cuna al ilustre mártir S. Lorenzo; si hace Italia gloriosa vanidad de haber sido el teatro de su triunfo, tambien la Francia cuenta entre sus especia-



S. LORENZO M.